

atravesamos dilatados bosques de bajas encinás, interrumpidos á trechos por amarillas mieses ó por verdes pastos; descubrimos en arbolado valle la suntuosa ermita de Valdejimena, fabricada con crucero y cúpula, ante cuya efigie nada antigua de la Virgen, engastada en churrigueresco altar, vienen á postrarse tantos romeros; y en Horcajo Medianero llegamos al confín de la provincia marcado por la cima del Cornazo, sin tropezar en nuestra ruta con rastro alguno ni de arte ni de historia. Volviendo á Béjar habríamos encontrado, como á media distancia y á orillas del mismo Tormes, á Salvatierra cabeza de condado con jurisdicción sobre veinte lugares, varios de los cuales llevan aún su sobrenombre; pero de su antigua importancia y de la protección de sus señores, que lo fueron los de Alba casi siempre (1), no conserva más que destrozos de muros y vestigios de un puente no restaurado.

Al distrito más oriental de la provincia preside Peñaranda de Bracamonte. Su extenso radio, su crecida vecindad, sus anchas y rectas calles le dan el carácter de población manchega, y no lo desmienten las rasas llanuras tendidas en derredor suyo. Levantan sobre el caserío sus chapiteles de pizarra el cimborio y la torre de la única parroquia de San Miguel, vasta mole de sillería rodeada de fuertes estribos; grandes columnas dóricas sostienen sus tres naves iguales en altura, formando cupulillas las bóvedas de la central; y en el fondo del templo un colosal retablo, algo contagiado ya de barroquismo, presenta alternadas las figuras de los apóstoles con grandes relieves ó pasajes de la infancia del Redentor. Á la parte del sur poseen una capaz iglesia y regular edificio las hijas de santa Teresa, quien en su postrer viaje no encontró á la villa tan bien surtida como ahora (2); en frente se hunde el mezquino convento de Francis-

(1) Perteneció el estado de Salvatierra con el de Ledesma al infante don Pedro hijo de Alfonso el sabio, y aun creemos que á los bastardos de Alfonso XI y de la Guzmán; más adelante pasó á los Toledos duques de Alba.

(2) No opinamos sin embargo que el *pobre lugarcillo* en que pernoctó la santa

canos recoletos; las demás entradas del pueblo están guardadas por las ermitas de San Luís rey, de San Lázaro y del humilladero. La plaza circuída de soportales parece dividirse en dos, campeando en una el actual consistorio, en la otra el anterior construído sólidamente en 1675 y destinado después á cárcel; media entre las dos el palacio de los señores que no se diferencia de una casa particular. Fuéronlo desde el siglo xv los Bracamontes, descendientes de la hija de un almirante de Francia y de Álvaro Dávila, camarero de Fernando I de Aragón, á quienes honró Felipe III con el título de condes (1). Antes de tomar su apellido Peñaranda para distinguirse de la de Duero, se denominaba del Mercado por el de los jueves que le concedió en 1379 Juan I y le confirmó su sucesor, y que llegó á ser uno de los más frecuentados de Castilla.

Mientras iba creciendo aquella en pacífica oscuridad, Cantalapedra situada sobre un peñasco, cuatro leguas más al norte, adquiriría un terrible renombre en las guerras civiles del siglo xv por lo fuerte y casi inexpugnable de su castillo. Ocupáronlo los portugueses sosteniendo los derechos de la Beltraneja, obligaron á desistir del cerco al victorioso rey Fernando, y hasta el 28 de Mayo de 1477, tras de ataques repetidos, no abandonaron su postrer baluarte. Ignoramos si sus vecinos, como los de Castronuño, cuya fortaleza no fué menos tenaz en resistir (2), para evitar tales estragos en lo sucesivo demolieron las mura-

viniendo de Medina del Campo, donde no se encontraron por dinero dos huevos y sí sólo unos higos secos, según refiere su compañera Ana de S. Bartolomé, fuese el mismo pueblo de Peñaranda que era ya villa á la sazón, sino otro inmediato á él, como expresa el P. Ribera, su historiador coetáneo.

(1) Dicho Álvaro que compró el señorío de la villa, casó con doña Juana, hija del almirante francés mossén Robin ó Roberto de Bracamonte, á quien Enrique III hizo merced de la conquista de las islas Canarias, traspasada luégo por el cesionario á su primo Bethancourt. Su línea tomó el apellido materno: don Juan de Bracamonte, quinto señor de Peñaranda, se distinguió en el siglo xvi por sus hercúleas fuerzas (véanse las misceláneas de Zapata, tomo XI del *Memorial Histórico*, p. 313), y fué padre del primer conde don Alonso. El tercer conde don Gaspar gobernó con otros el reino durante la menor edad de Carlos II, y al fin recayó el estado en la casa de los duques de Frías.

(2) Véase el tomo de *Valladolid*, al fin del cap. VII.

llas, y casi inclina á sospecharlo la escasez de los restos subsistentes; pero al comparar la abatida situación de Cantalapiedra con la floreciente de Peñaranda, tres veces ya más populosa, enriquecida sin sobresaltos, señalada sin acontecimientos, ennoblecida sin pergaminos, se nos viene á los labios aquella filosófica sentencia: «¡dichosos los pueblos que carecen de historia!»



# ÁVILA

## CAPÍTULO PRIMERO

Crónicas Avilesas

**D**os ciudades, al mismo tiempo que Salamanca, resucitaron con su nombre y sus recuerdos romanos del polvo en que una y otra vez las habían hundido los sarracenos, por la poderosa eficacia del conde Raimundo de Borgoña. Ávila y Segovia, sitas en las vertientes septentrionales del Guadarrama que por tantos años sirvió de frontera, al trasladarse ésta después de la toma de Toledo á las márgenes del Tajo, brotaron como centros de la red de poblaciones que iban á cubrir la zona hasta entonces desierta, repartiendo entre sí la jurisdicción del territorio. En ambas, todavía más que en la ciudad del Tormes, se imprimieron las miras y